

Susurros

El espectáculo de luz y sonido de la casa histórica de Tucumán fue estrenado en 1968. Alfredo Alcón y Lola Membrives (fallecería al otro año) encabezaban la lista de actores convocados para interpretar las voces de los congresales. Una serie de extras sumaba las suyas en el ¡Viva la Patria! final con que se cerraba la gala. El miércoles 7 de julio se hizo un ensayo general durante el cual debieron ajustarse algunos detalles de iluminación. El sonido no presentó ningún problema.

Dos días más tarde, las autoridades provinciales, municipales, representantes del gobierno nacional e invitados especiales, entre ellos los actores, se hicieron presentes para el estreno. Sobre el final y fuera de protocolo, la emoción cubrió los ánimos y todos gritaron ¡Viva la Patria!

Acaso porque el propio grito nunca deja escuchar bien los ajenos, nadie notó nada raro, salvo el ingeniero Gentili, a cargo del control de los aspectos técnicos. Una voz femenina fue lo que escuchó; muy tenue pero que, aun así, se las arregló para atravesar el griterío y llegar a sus oídos. Te amo fue lo que el ingeniero escuchó sin el menor margen de duda.

Sólo una vez se refirió a esta historia y dijo:

Cuando escuché decir Te amo miré asombrado a Martos, mi ayudante técnico. Él me miró serio un instante y después sonrió con toda la cara: la función había sido un éxito, después de todo. Me limité a sonreír, claro. Cuando terminó la presentación y ya casi no quedaba gente, una vieja, en verdad era una vieja, más de ochenta años tendría, pero tenía una vitalidad que me asombró, digo, su forma de caminar, de pararse, su voz casi joven, una vieja, decía, se detuvo ante nosotros y nos felicitó por la función. Martos agradeció y se fue a saludar no sé a quién. Fue entonces cuando la vieja me preguntó si yo había escuchado algo entre los gritos. No supe qué responderle. Eso es algo que ocurre el Nueve de Julio nada más, dijo mirándome fijo antes de retirarse. Vieja loca, fue lo primero que pensé. En la noche siguiente, cuando se presentó otra vez el espectáculo, no escuché nada raro. Todo transcurrió con normalidad. Por más que se quiera, uno termina por olvidar lo extraño; es que no hay lugar dónde ponerlo, cómo clasificarlo, ¿no? Salvo que ocurra dos veces.

Por una serie de circunstancias que ahora no recuerdo bien, al año siguiente debí ocuparme de nuevo de la función del Nueve de Julio. Busqué a la vieja entre los invitados. Allí estaba, sentada en la segunda fila. Cuando estaba a punto de terminar el show nuestras miradas se encontraron. Yo volví de inmediato la vista hacia las luces, y no sé por qué me concentré en el aljibe. Y otra vez, en medio de los gritos, escuché, tenue y claro Te amo. Nadie pareció darse cuenta.

La vieja esta vez no se detuvo a saludarme sino que yo fui tras ella una vez que terminó el espectáculo. No se me ocurrió pensar en nada. Sencillamente comencé a seguirla. La vieja caminaba sola por la calle. Me llamó la atención que nadie la acompañara: una hija, una sobrina, el marido. Y reitero: su vitalidad no encajaba con

la edad que parecía tener. La detuve. Me presenté. Me dijo que no hacía falta, que se acordaba de mí perfectamente. No me dijo su nombre. Me invitó a su casa. No puse ningún reparo; al contrario, su voz sonó muy acogedora. Caminamos unas pocas cuadras en silencio hasta que llegamos a un caserón antiguo, como de fin de siglo. Me hizo pasar.

Hacía un poco de frío y estaba oscuro. Prendió sólo una lámpara y me hizo sentar en un sillón muy cómodo. Fue a la cocina. No recuerdo que me llamara la atención nada de lo que veía. Una mesita con una lámpara, una biblioteca, muchos cuadritos colgados en la pared. Un crucifijo. Al cabo de un rato regresó con dos tazas de té. Se sentó frente a mí. Ya tiene azúcar, dijo, el té no se toma amargo. Sonreí. Estaba por preguntarle algo cuando comenzó a hablar.

-La mayoría de los congresales fueron alojados en casa de familias. Uno de ellos se hospedó en casa de Miguel de Celillo. Y una de sus hijas, Milagros, se enamoró perdidamente de él; era un diputado por Charcas que estaba casado y que además era muy devoto. Una noche, tarde, al regresar a la casa después de un debate muy álgido, Milagros lo estaba esperando. Todos dormían. No pasó mucho tiempo hasta que se besaron.

Y él le prometió su amor.

Se vieron sólo un par de veces más. La culpa atormentó al diputado. Se dio cuenta de que no debía haber prometido nada. No. En absoluto.

Todo esto sucedió en mayo, acaso a principios de junio. Milagros sabía que cuando declararan la independencia él se iría para siempre. El diputado enviaba cartas todas las semanas a Chuquisaca y otras tantas recibía de su mujer. Milagros no quería saber nada de lo que decían, pero a veces, en la cena, el diputado hablaba de su mujer y de Chuquisaca. Milagros no era tonta: sabía que era a ella a quien iban dirigidas las palabras.

El día antes del Nueve de Julio ya se sabía que la declaración de la independencia era un hecho. Así que mucha gente se fue hasta la casa de los Bazán.

Cuando Laprida lee la declaración, todo el mundo, dentro y fuera de la casa, grita ¡Viva la patria! Milagros solloza Te amo, pero su voz se pierde entre las galeras y sombreros que se arrojan al aire. Dos días más tarde, bien temprano, la familia Celillo en pleno despide al congresal que regresa a su ciudad.

Al año, Miguel de Celillo, padre de Milagros, recibe una carta del diputado. Informaba que su esposa había muerto y que él había decidido ordenarse sacerdote.

Cuando el alma decide irse, los alimentos no llegan al estómago. Meses más tarde, poco antes de la navidad, Milagros murió de tristeza.

La vieja dejó su té sobre la mesita.

-Por eso yo sabía que iba a pasar, que ella iba a volver, porque las cosas regresan siempre cuando no terminan bien del todo. Aunque regresen tarde. Aunque todos lleguen tarde.

-Y usted cómo sabe todo esto -pregunté.

La vieja pareció cambiar la voz.

-Es una historia que me contaban de chica y que a mi abuela le contaban de chica.

Algo comenzó a ponerme incómodo. Se hacía tarde, miré la hora; dije de irme. Ella me miró y sonrió. Me acompañó hasta la puerta. Antes de cerrarla me miró profundamente a los ojos y me dijo: Viva la Patria.

Luis Sagasti